

EL PADRE NUESTRO SEGÚN SAN AGUSTÍN

San Cipriano, en su *Tratado sobre la oración*, 4-6, nos aconseja la manera que hemos de emplear para entrar en la oración:

“Las palabras del que ora han de ser moderadas y llenas de sosiego y respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios. Debemos agradecer a Dios con la actitud corporal y con la moderación de nuestra voz. Porque así como es propio del falto de educación hablar a gritos, así, por el contrario, es propio del hombre respetuoso orar con un tono de voz moderado (...) Y cuando nos reunimos con los hermanos para celebrar los sagrados misterios, presididos por el sacerdote de Dios, no debemos olvidar este respeto y moderación”.

Estas palabras nos pueden ayudar a repasar y practicar la magnífica lección sobre el Padre nuestro de **San Agustín** que escribió en su *Carta a Proba*, 130, 11,21-12,22:

“Para nosotros son necesarias las palabras: ellas nos amonestan y nos permiten ver lo que pedimos, sin que se nos ocurra pensar que con ellas vamos a enseñar o a forzar al Señor.

Cuando decimos santificado sea tu nombre, nos incitamos a nosotros mismos a desear que el nombre del Señor, que siempre es santo, sea tenido como santo por los hombres, es decir, no sea despreciado.

Cuando decimos venga a nosotros tu reino, que ciertamente ha de venir, queramos o no queramos, enardecemos nuestro deseo de aquel reino, para que venga a nosotros y merezcamos reinar en él.

Cuando decimos hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, le pedimos para nosotros la misma obediencia, para que cumplamos su voluntad, como en el cielo la cumplen sus ángeles.

Cuando decimos el pan nuestro de cada día dánosle hoy, en el término hoy entendemos el tiempo presente, para el que pedimos aquella suficiencia arriba mencionada, bajo el nombre de pan, es decir, de la parte principal; o quizá puede entenderse el sacramento de los fieles, que nos es necesario en el tiempo presente, aunque no para la felicidad del tiempo presente, sino para la eterna.

Cuando decimos perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, nos obligamos a recapacitar sobre lo que pedimos y sobre lo que hacemos, para que merezcamos recibirlo.

Cuando decimos no nos dejes caer en la tentación, nos exhortamos a pedirlo, no sea que, careciendo de la ayuda divina, sobrevenga la tentación y consintamos seducidos o cedamos afligidos.

Cuando decimos mas líbranos de mal, nos invitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno. Y esto último que se dice en la oración dominical abarca tanto, que el cristiano sometido a cualquiera tribulación gime con esa fórmula, con ella llora, por ella comienza, en ella se para y por ella termina la oración. Era menester valerse de palabras para imprimir en nuestra memoria las realidades mismas.

Todas las demás palabras que digamos, ya las que formula el fervor precedente hasta adquirir conciencia clara, ya las que considera luego para crecer, no dicen otra cosa sino lo que se contiene en la oración dominical, si es que rezamos bien y apropiadamente. Y quien dice algo que no quepa dentro de esta oración evangélica, ora

carnalmente, aunque no ore ilícitamente. Y aun no sé cómo puede ser lícito, cuando los renacidos en espíritu no han de orar sino espiritualmente.

Alguien dice por ejemplo: Muestra tu caridad entre todas las naciones, como la has manifestado entre nosotros; o también: Que tus profetas sean hallados fieles, ¿Y qué otra cosa dice sino santificado sea el tu nombre?

Otro dice: Dios de las virtudes, vuélvete a nosotros, muéstranos tu faz y seremos salvos. ¿Y qué otra cosa dice sino venga a nosotros tu reino?

Otro dice: Dirige mis caminos según tu palabra y no me domine iniquidad alguna. ¿Y qué otra cosa dice sino hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?

Otro dice: No me des riquezas ni pobreza. ¿Y qué otra cosa dice sino el pan nuestro de cada día dánosle hoy?

Otro dice: Acuérdate, Señor, de David, de su mansedumbre; o bien: Señor, si he ejecutado ese mal, si hay iniquidad en mis caminos, si a los que me hicieron mal se lo he devuelto. ¿Qué otra cosa dice sino perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores?

Otro dice: Quítame la concupiscencia del vientre y no sea yo esclavo de deseos impuros. ¿Y qué otra cosa dice sino no nos dejes caer en la tentación?

Otro dice: Líbrame, Señor, de mis enemigos y defiéndeme de los que se levantan contra mí. ¿Y qué otra cosa dice sino líbranos de mal?

Si vas discurrendo por todas las plegarias de la santa Escritura, nada hallarás, según creo, que no esté contenido y encerrado en la oración dominical. Por eso hay libertad para repetir en la oración las mismas cosas con diversas palabras; pero, en cambio, no hay libertad para decir distintas cosas”.

Hasta aquí las palabras de San Agustín.

Como conclusión recordemos otras palabras de **Santa Teresa de Jesús** tomadas de su *Camino de perfección*, 24,5:

“Estemos atentos para que entendamos con quién estamos hablando y que nos responde el Señor a nuestras peticiones. No penséis que se está callando, que, aunque no le oímos, bien habla el corazón cuando le pedimos de corazón”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 7 de noviembre de 2021